

La *utilitas* como incidencia social de la Universidad

P. General Arturo Sosa, S.J.

Universidad Católica del Uruguay
Montevideo, 23 de julio de 2018

Habiendo trabajado por muchos años en el mundo universitario en Venezuela, me alegro mucho de poder estar aquí entre ustedes y compartir, con quienes considero compañeros en una misma misión. Me propongo centrar estas reflexiones en cómo la Compañía de Jesús entiende la dimensión de incidencia en la sociedad del apostolado en el universitario.

Vengo, además, de participar en la *III Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas*, reunida en La Universidad de Deusto (España) del 8 al 12 de julio¹. Allí nos reunimos unos 300 rectores, rectoras y diversas autoridades de más de 200 instituciones de enseñanza superior bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús. Fue una excelente ocasión para reflexionar sobre los retos de la educación y la formación que ofrecemos en liderazgo cívico y político, justicia ambiental y económica, educación para los sectores más desfavorecidos, paz y reconciliación, diálogo interreligioso, entre otros temas de interés.

1. La Compañía de Jesús y el mundo universitario, una relación con historia

Una mirada a la tradición apostolado universitario de la Compañía de Jesús, y de esta misma universidad, nos ayuda a reconocer los rasgos fundamentales de nuestra identidad. Somos parte de una larga tradición de compromiso universitario y queremos seguir haciéndolo en fidelidad creativa.

El origen mismo de la Compañía, en la primera mitad del siglo XVI, está inextricablemente conectado al mundo universitario. La Compañía de Jesús se gestó en una universidad y sus diez fundadores eran universitarios. San Ignacio de Loyola, hijo de una familia de la baja nobleza vasca, educado en la corte de Castilla para ser cortesano y guerrero, tuvo una formación adecuada para ese destino en su época. Sin embargo, después de su conversión religiosa en Loyola, tras peregrinar hasta Tierra Santa, se dio cuenta de que para concretar el deseo de servir a los demás que crecía con fuerza en su corazón, tenía que estudiar pues en su primera formación no había recibido los conocimientos necesarios. Por ejemplo, el dominio de la lengua latina. Los estudios universitarios se mostraron de gran utilidad para el proyecto de vida que Ignacio iba concretando. Por eso, a los treinta años de edad volvió humildemente a los bancos escolares, teniendo a adolescentes como compañeros de aula, para aprender la lengua que le permitiría acceder a la universidad y formarse para servir mejor.

Sus primeros intentos fueron en las universidades de Alcalá de Henares y Salamanca. Desde estos años comenzó a congregarse jóvenes con las mismas inquietudes nacidas en la contemplación del evangelio y deseos de ponerse al

¹ Las dos anteriores se celebraron en México (2010) y Australia (2015).

servicio del anuncio de la Buena Noticia. Sin embargo, los problemas con la inquisición y con otras instancias del mundo eclesiástico lo obligaron a emigrar a París para allá poder seguir sus estudios. Aquel primer grupo de compañeros estudiantes de Alcalá se desintegró. En los años que estuvo estudiando en la Universidad de París -que luego sería conocida como la Sorbona-, el estudiante Ignacio siguió tratando con jóvenes que buscaban servir a Dios y a sus prójimos, todos ellos estudiantes de la universidad y de diversos orígenes: castellanos, navarros, franceses, saboyanos y portugueses. Poco a poco, se fue formando un grupo no solo de compañeros de estudio, sino de amigos en el Señor.

Estamos en una época de gran crisis político-religiosa. La Reforma Protestante se expandía en Europa, había intermitentes guerras entre naciones, el proceso de colonización europea de África, Asia y América se desarrollaba con gran ímpetu. Todas esas realidades presentaban desafíos culturales, económicos y sociales, que pedían otra educación, adecuada para los nobles y burgueses que comenzaban a formar las nuevas burocracias gubernamentales de las ciudades y los Estados.

La Compañía de Jesús, fundada finalmente en Roma en 1540, no tenía entre sus primeros ministerios la educación, puesto que los primeros compañeros comprendían que les tocaba estar disponibles a las misiones a las que les quisiera enviar el Papa. Sin embargo, muy rápidamente se dieron cuenta de la necesidad y oportunidad de crear colegios y universidades para formar a los jóvenes que se acercaban y querían integrarse en la nueva orden. Al mismo tiempo, ciudades y señores comenzaron a pedir que también formaran a los jóvenes de sus regiones. Los jesuitas decidieron, entonces, incluir la labor educativa como parte de su apostolado. Veían en ella un instrumento de gran utilidad para cumplir con sus objetivos más hondos de evangelización.

Messina, Gandía, Roma y tantas otras ciudades en que se fundaron colegios y universidades, fueron los lugares en que los primeros jesuitas, liderados por San Ignacio, tuvieron que reflexionar sobre qué tipo de educación que se proponían brindar a los jóvenes. La experiencia universitaria europea tenía ya cuatrocientos años de historia y había ensayado diversos modelos de universidades. El renacimiento y el humanismo, a través de autores como Pico de la Mirándola, Erasmo, Vives, Valdés, Moro o Montaigne, había reflexionado sobre la educación y la formación humanas.

Los jesuitas, criados en ese clima de fermento cultural, entraron en esa discusión y desde ahí buscaron formular su propio modelo educativo y pedagógico. El mismo San Ignacio, que no era propiamente un profesor, pero sí un verdadero pedagogo en las cosas del Espíritu, había experimentado diversos tipos de enseñanza en su derrotero universitario. Por ende, desde su experiencia, recomendó, para los primeros centros de estudio establecidos por la Compañía, el así llamado *modus parisiensis*, es decir, el modo de enseñar empleado en la Universidad París. Ese método le pareció más activo y eficaz que aquellos que había conocido en otros lugares, por tanto, más útil para el fin que buscaba la Compañía en sus instituciones educativas.

Asimismo, Ignacio en la Parte IV de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, tomando como modelo el *Colegio Romano*, fundado en 1551, y hoy la Universidad

Gregoriana, propone una organización para los colegios y universidades de la Compañía, así como lo que se debía enseñar en ellos.

Un primer aspecto a resaltar del modelo usado por los jesuitas, era la estructura más flexible de la organización educativa. Hasta entonces, los colegios habían sido parte de una universidad o el germen de una nueva. No eran centros que tuvieran sentido en sí mismos. La Compañía, rápidamente captó que, entre los requerimientos que le llegaban de los diversos lugares, no estaba el brindar todos los estudios superiores, como se necesitaba para formar sacerdotes, juristas o médicos. Tanto la burguesía que se fortalecía en el siglo XVI como la clase nobiliaria, cada vez más alejada del puro ejercicio militar, necesitaba ofrecer a sus hijos una educación más avanzada que la que podían brindar los maestros elementales, a saber, leer y escribir la lengua materna y utilizar las operaciones matemáticas necesarias para el comercio. Además, el número de universidades era escaso, frecuentarlas implicaba abandonar por varios años el hogar paterno y costos que pocos podían sufragar. Era un tiempo en el que cada vez más niños accedían a la educación elemental, por tanto, necesitaban maestros que les dieran una mejor capacitación. Es así como entran en escena los colegios de la Compañía de Jesús que rápidamente se difundieron por toda Europa, la América Española y Portuguesa y hasta las lejanas India y Filipinas.

Se trataba de un tipo de centro educativo dedicado a los primeros años de estudios universitarios, sobre todo al aprendizaje del latín, las humanidades, matemáticas y astronomía. Ese fue el comienzo de la educación secundaria en Occidente, que oficialmente dejará de ser considerado universitario a finales del siglo XIX y principios del XX. Los jesuitas abrieron colegios en cientos de ciudades. Las universidades estaban reservadas a las ciudades principales que todavía no contaban con ese tipo de institución educativa. Este sistema permitió elevar los niveles de educación en varias regiones y aumentar el número de estudiantes en proporciones que hasta entonces nunca se habían dado. Su importancia quedó especialmente de manifiesto, cuando la Compañía fue suprimida a finales del siglo XVIII y se produjo un enorme vacío educativo. Varios países europeos, entonces, comenzaron a generar sus propios sistemas educativos secundarios, lo que luego se generalizó en el siglo XIX.

Un segundo aspecto innovador de la labor educativa de la Compañía de Jesús fue la creación de un sistema de instituciones en red y de amplitud internacional, nutrido de diversas fuentes intelectuales y culturales europeas. Antes de la Compañía, existían una infinidad de centros educativos. La Compañía fue la primera organización que buscó dar unidad a esos centros en diversos países y contextos sociales variados. Esa articulación se dio por medio del intercambio de docentes y estudiantes, pero sobre todo, como resultado de la aplicación de un plan de estudios y una metodología de enseñanza comunes, llamada *Ratio Studiorum*, a cuya formulación los educadores jesuitas había dedicado un largo tiempo.

Como fue mencionado más arriba, las *Constituciones* de la Compañía de Jesús señalan que en los colegios y universidades *la regla del Colegio de Roma se podrá acomodar a los otros la parte que les conviene*². Se daban, además, diversas orientaciones de estudio y organización. Sin embargo, a medida que se

² *Constituciones*, 396.

desarrollaron y multiplicaron los colegios y universidades, se veía la necesidad de ofrecer un servicio educativo común, más elaborado y de mejor calidad. Por ese motivo, el P. Claudio Aquaviva, cuarto Superior General de la Compañía, encomendó, en 1581, a un equipo de jesuitas de diversos países que elaboraran un plan de estudios general. Esos jesuitas, de origen español, flamenco, siciliano, escocés, neerlandés y portugués, produjeron una primera versión de la *Ratio Studiorum* en 1586, y una segunda en 1591, la cual fue enviada a todos los colegios para ser aplicada y probada durante tres años. Una versión final fue, entonces, aprobada por el P. Aquaviva en 1599. La *Ratio Studiorum*, con algunas modificaciones, se mantuvo útil y vigente en todos los centros educativos de la Compañía de Jesús hasta la supresión de la orden en 1773.

Un tercer aspecto importante del apostolado educativo de la Compañía es el propio contenido de la *Ratio Studiorum*. Se trataba de treinta elencos de reglas, a través de los cuales se daba orden, modo, contenidos y fines a la educación que se brindaba en los colegios y universidades de los jesuitas. No estaba concebido como una declaración de intenciones, un documento programático o de filosofía de la educación, sino como un instrumento eminentemente práctico. Buscaba dar pautas concretas, al mismo tiempo que llenas de sentido, para lograr el fin de la educación que estaban brindando: formar en letras y piedad a jóvenes cristianos³. Este “pragmatismo” de la *Ratio Studiorum*, al mismo tiempo que su concisión, fue lo que hizo posible que pudiese mantenerse vigente durante más de doscientos años, que hiciese posible la incorporación de la revolución científica del siglo XVII, y que en sus aulas se formaran los cuadros directivos e intelectuales de la Europa católica del Antiguo Régimen.

Como cuarto elemento típico de la pedagogía jesuita, podemos señalar el método activo que promovía la *Ratio Studiorum* y cómo estaba orientada principalmente a desarrollar lo que hoy llamamos competencias o habilidades. El objetivo era brindar a los jóvenes aquello que les sería *útil* para su inserción en la judicatura, la administración, el gobierno o la Iglesia. Meta central del humanismo de la formación jesuita era el que los estudiantes aprendieran a comunicarse oralmente y por escrito, que desarrollaran la capacidad dialéctica y retórica, que razonaran adecuadamente y supieran fundamentar su pensamiento. Los ejercicios típicos de la metodología jesuita, como las competencias entre “romanos” y “cartagineses” entre los estudiantes más jóvenes, o la *disputatio*, entre los mayores, tendían a desarrollar las competencias profesionales que luego tendrían que utilizar en el foro, los consejos o el gobierno. Los contenidos eran claramente un medio para lograr la formación integral y útil que buscaban los jesuitas.

Un último aspecto a destacar, de la tradición educativa jesuita de los primeros siglos de la orden, es la apertura a las innovaciones académicas y científicas que se fueron dando en los siglos XVII y XVIII. La pléyade de jesuitas cartógrafos, lingüistas, matemáticos, astrónomos, artistas, literatos, historiadores, artistas, pedagogos, y juristas, además de teólogos y filósofos, que contribuyeron al

³ “Siendo el escopo que derechamente pretende la Compañía ayudar las ánimas suyas y de sus prójimos a conseguir el último fin para que fueron criadas, ya para esto, ultra del ejemplo de vida, siendo necesaria doctrina y modo de proponerla, después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor. Para esto abraza la Compañía los Colegios y también algunas universidades.”, *Constituciones*, 307.

desarrollo del conocimiento y la academia durante esos siglos, nos habla de una tradición abierta a lo nuevo. Eran hombres con sensibilidad ante el crecimiento intelectual, con capacidad de utilizar esos conocimientos de manera práctica, tanto en Europa, como en América, Asia o África. Son eslabones de una tradición de servicio a la sociedad y a la Iglesia, ininterrumpida desde 1540 hasta nuestros días. Incluso durante el tiempo de la supresión, de 1773 a 1814, la Compañía logró sobrevivir en el Imperio Ruso, gracias al aprecio que la zarina ortodoxa Catalina la Grande y sus sucesores, tuvieron por la labor educativa universitaria de los jesuitas.

Si nos acercamos brevemente a la historia de la presencia de la Compañía de Jesús en Uruguay, veremos como los jesuitas estuvieron vinculados a la educación desde los inicios de la ocupación de la Banda Oriental por portugueses y españoles. De hecho, fueron los jesuitas los primeros a instalar un colegio, bajo el patronazgo de San Francisco Javier, en tierras que hoy son uruguayas, en 1717⁴.

Con la creación de la Universidad Católica del Uruguay, en un primer período entre 1882 a 1886, y reiniciada en 1985, se quiso también innovar como dijera su primer rector, el Padre Luis del Castillo, hoy misionero en Cuba. Lo que se quería era hacer de ella no una universidad sino “otra” universidad, que se animara a tener otro estilo, a ofrecer otras carreras, otras maneras de hacer y propuestas distintas, es decir, ofrecer a la sociedad uruguaya algo que todavía le faltaba.

La UCU nació, pues, con carreras que aún no existían en el país, como Comunicación y Administración de Empresas, y varias más, que luego se fueron incorporando, así como la apertura de postgrados y maestrías, todavía inexistentes en Uruguay en aquel entonces. La UCU fue también la primera universidad a abrir otros *campus* en el Interior del país, en Punta del Este y Salto, ofreciendo ahí carreras completas. Fue la primera a ofrecer la oportunidad de educación a distancia, mucho antes de que surgiera Internet y los cursos en línea.

La incorporación de prácticas profesionales en los barrios, el intercambio estudiantil en el exterior y la apertura a diversas propuestas provenientes de la sociedad y de la Iglesia, también muestran que la UCU es una institución abierta a la innovación y que quiere hacer real y actual su **incidencia** en la realidad del país. Esa historia universal y propia, en la que se comprende la UCU, merece seguir en el dinamismo de búsqueda de nuevos caminos de innovación y adecuación de su propuesta educativa.

2. La incidencia que queremos

Con base en ese breve recorrido histórico, podemos destacar las características que han siempre distinguido la labor universitaria de la Compañía de Jesús a lo largo de los siglos. El P. Peter-Hans Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús de 1983 a 2008, fallecido en noviembre de 2016, había resumido esas características en cuatro palabras latinas, sintetizando así la definición elaborada por el P. Diego de Ledesma, fallecido en 1575, quien había sido rector del Colegio

⁴ PIEROTTI, Nelson. *La educación colonial en Montevideo y la banda oriental: ¿Quién enseñaba, cómo y para qué?* (1726 – 1814). *ESTUDIOS HISTÓRICOS* – Centro de Documentación Histórica del Río de la Plata y Brasil (CDHRPyB)- Año VII - Julio 2015 - N° 14.

Romano y uno de los principales colaboradores en la formulación de la *Ratio Studiorum*. Esa formulación se conoce como el “Paradigma Ledesma-Kolvenbach”. Sus cuatro elementos son *UTILITAS*, *IUSTITIA*, *HUMANITAS* y *FIDES*. Hay muchos documentos que explicitan el sentido actual de estos conceptos para las instituciones educativas de la Compañía de Jesús. Sin embargo, quisiera centrarme en uno de esos elementos que me parece clave para que nuestra labor universitaria sigan siendo relevante y pertinente en el contexto actual: la *UTILITAS*, entendiéndola como la incidencia real de nuestra propuesta educativa en la transformación de la sociedad.

Veamos primero a grandes rasgos, el contexto amplio en que actualmente nos ubicamos, para el cual queremos ser útiles y en el cual queremos incidir. Hago mías las palabras que abren el Decreto 1 de la Congregación General 36, que sesionó en Roma en octubre-noviembre de 2016. Dice el texto: *Por una parte contemplamos la vibración de la juventud que busca una vida mejor, el gozo de muchos ante la belleza de la creación y las múltiples formas en las que muchos ponen sus propias cualidades al servicio de los demás. Sin embargo, también vemos que nuestro mundo enfrenta hoy múltiples carencias y desafíos. En nuestras mentes permanecen las imágenes de poblaciones humilladas, golpeadas por la violencia, excluidas de la sociedad y marginadas. La tierra soporta el peso del daño que le hemos causado los seres humanos. Nuestra misma esperanza está bajo amenaza y su lugar ha venido a ocuparlo el miedo y la rabia.*⁵

En ese nuevo contexto mundial, quisiera destacar un fenómeno que toma proporciones imponderables: la revolución tecnológica. Internet ha democratizado y vuelto inmediato el acceso a la información y al conocimiento, como nunca antes en la historia de la humanidad. Hoy, con relativa facilidad uno tiene acceso a un caudal inabarcable de conocimiento y datos, para lo que, hasta hace poco años, necesitaría acceder a gigantescas bibliotecas. Además, da lo mismo estar en los centros de la cultura y el poder mundial como Londres, Nueva York, París, Berlín, o en una remota aldea de Latinoamérica, Asia o África siempre que se pueda disponer de conexión.

La extraordinaria velocidad de esos cambios tecnológicos en todos los ámbitos expone a casi todos los conocimientos profesionales a la constante amenaza de la obsolescencia en poco tiempo. Técnicas y conocimientos que se enseñan a los que inician una carrera pueden resultarles anticuados cuando egresan de ella.

Todos estos cambios afectan de muchas maneras nuestra forma de vida y sobre todo la de los jóvenes que han nacido en esta nueva cultura tecnológica y social. Los ritmos son distintos, las demandas de variedad de metodologías, de practicidad y de mayor interés por parte de los jóvenes y de la sociedad toda, son acuciantes.

Las fuentes de aprendizaje, aunque nunca estuvieron circunscriptas únicamente a las instituciones formales de enseñanza, tenían en estas su lugar más prestigioso y reconocido. Sin embargo, hoy hay muchas otras fuentes socialmente prestigiosas de aprendizaje. La acreditación profesional y de conocimientos, monopolio de las universidades hasta hace muy poco, es fuertemente cuestionada. Los gobiernos, empresas y la sociedad en general se están abriendo a nuevas maneras de

⁵ Congregación General 36, Decreto 1, n. 1

reconocer y asignar valor a los conocimientos y destrezas académicas, laborales y sociales. Surgen nuevas profesiones, otras desaparecen. La universidad es desafiada a ofrecer una formación más versátil, flexible y general, que permita a sus estudiantes de hoy, trabajadores de mañana, tener una formación que requerirá a lo largo de su ejercicio muchos cambios, nuevos aprendizajes, variaciones de área, etc.

Este nuevo ecosistema social y laboral nos hace la acuciante pregunta: ¿cómo mantener la *UTILITAS* de nuestra formación universitaria en este contexto? ¿Cómo será posible mantener la pertinencia y relevancia de la educación universitaria en el escenario 4.0 del siglo XXI? ¿Cómo podrán las universidades de la Compañía de Jesús cumplir con su misión de formar hombres y mujeres para los demás, teniendo la *IUSTITIA*, *HUMANITAS* y *FIDES* como horizonte, si no resultan útiles académica y profesionalmente? ¿Cómo somos fieles a la misión si los egresados de nuestras universidades no logran una labor relevante para la sociedad, no logran incidir en ella?

Como universidad confiada a la Compañía de Jesús, la Universidad Católica del Uruguay está llamada a revisar constantemente su *UTILITAS*. Sólo así mantiene su razón de ser como universidad, en articulación con sus otros elementos, *IUSTITIA*, *HUMANITAS* y *FIDES*. No renovarla implica un anquilosamiento y nos condenaría a la falta de relevancia, de calidad de servicio y de pertinencia social y eclesial. Además, cumplir con la *UTILITAS* es un imperativo ético para servir mejor a la sociedad, pero especialmente a los más necesitados.

En mi conferencia en la reciente Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas en Bilbao, afirmaba, que el sentido de habernos reunido allí era *fortalecernos como cuerpo apostólico universal inspirado en el carisma ignaciano, unido por una fecunda tradición intelectual humanista, enraizada en la fe cristiana. Queremos conmovernos por el grito de los millones de seres humanos que migran buscando mejores condiciones de vida, de las víctimas de la violencia, de los empobrecidos que claman por justicia, de quienes son despreciados por el color de su piel o la religión que profesan, de quienes ven negados sus derechos a participar democráticamente en la vida pública, porque el poder político es acaparado por personas al servicio de intereses particulares, indiferentes al Bien Común y al cuidado del medio ambiente.*⁶

No hay duda de que *adoptar esta mirada representa un considerable desafío epistemológico para nuestro quehacer científico que busca penetrar la realidad, descubrir las raíces de la injusticia y contribuir a proponer alternativas de transformación económica y social*⁷. Por ende, esa mirada se convierte también en desafío pedagógico para que toda nuestra labor en la universidad, sea la enseñanza, sea la investigación, se convierta en un *proyecto de transformación social* para generar vida plena⁸.

De hecho, la Congregación General 36 recordaba cómo el Papa Francisco, en su encíclica *Laudato Si'* había subrayado la conexión fundamental que existe entre la crisis ambiental y la crisis social que vivimos actualmente⁹. No cabe duda de la

⁶ Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

⁷ Ídem.

⁸ Cfr. ídem.

⁹ *Laudato Si'*, n. 139.

estrecha conexión de la pobreza y la exclusión social con el proceso acelerado de degradación del ambiente. *No se trata de crisis independientes, sino de una única crisis que es síntoma de algo mucho más profundo: el modo equivocado como están organizadas nuestras sociedades y nuestras economías. El sistema económico actual, con su enfoque depredador descarta tanto los recursos naturales como las personas.*¹⁰

Con lucidez insiste el Papa Francisco en la necesidad de buscar una solución radical. Es la orientación misma del desarrollo la que debe ser cambiada si realmente queremos que éste sea sostenible y beneficioso para todos, no solo para una pequeña parte de la humanidad. La Compañía de Jesús y todas las instituciones bajo su responsabilidad, cada una según su identidad y área de actuación, se sienten pues llamadas a colaborar en la sanación de un mundo herido. Por tanto, queremos promover nuevas formas de producción y de consumo que tomen muy en serio el respeto y el cuidado por la creación y por el ser humano en su innegociable dignidad. Es un desafío sin duda polifacético, pues se trata de cuidar de nuestro hogar común, por eso nos exige respuesta también polifacética¹¹.

En ese sentido, y retomando un aspecto positivo del nuevo mundo tecnológico antes referido, creemos que para poder llevar adelante la misión recibida, es extremadamente importante sacar provecho de *las nuevas tecnología de la comunicación [que] crean formas de organización que hacen más fácil la colaboración. Hacen posible que se movilicen aquellos recursos humanos y materiales que sostienen la misión y logran superar las fronteras*¹². Las nuevas tecnologías nos ofrecen la instigadora posibilidad de facilitar y ampliar enormemente la creación de redes de cooperación entre múltiples instituciones que, como nosotros y ojalá con nosotros, coinciden en la búsqueda de un mundo mejor.

Por esa razón, las casi 200 instituciones de enseñanza superior confiadas a la Compañía presentes en la reciente asamblea de Bilbao tomaron la decisión de crear una red de cooperación, la *Asociación Internacional de la Universidades Jesuitas* (IAJU). Esa nueva red de instituciones quiere ofrecer una estructura de apoyo para que nuestro apostolado educativo e investigativo en la enseñanza superior produzca más y mejor fruto y sea capaz de enfrentar de manera más articulada, en el ámbito internacional, retos que tienen dimensiones globales.

La UTILITAS que cultivamos como dimensión fundamental del quehacer en nuestras instituciones universitarias atiende, por un lado, al bien común de la comunidad y sociedad en la que se ubica inmediatamente; por otro lado, no puede perder de su horizonte el bien común universal, ampliando su acción a toda la sociedad.

El compromiso con la transformación del mundo actual que deseamos tiene dimensiones locales, regionales y globales. Pasa por procesos complejos e interdependientes. Es necesario, pues, buscar creativamente las maneras de cooperar para, juntos, llegar más allá de cuanto logramos normalmente alcanzar

¹⁰ Congregación General 36, Decreto 1, n. 29.

¹¹ Cfr. Congregación General 36, Decreto 1, n. 30.

¹² Congregación General 36, Decreto 2, n. 8.

en el ámbito local, si realmente queremos incidir más y mejor también en los niveles más amplios¹³. Recordemos la máxima ignaciana: “el bien, mientras más universal, más divino.” En ese sentido, la comprensión ignaciana de la UTILITAS va más allá de un mero pragmatismo ubicado en un horizonte estrecho; Por el contrario, se conecta en tensión con otra dimensión importante en nuestro modo de vivir la misión, a saber el *magis*, tensión que nos mantiene inconformes con lo logrado por bueno que sea y nos impulsa en la búsqueda constante por hacer más y mejor, por llegar más lejos, por incidir en ámbitos de mayor amplitud.

Por eso, además de las fronteras geográficas, queremos llegar también a otras fronteras. La universidad concebida como plataforma desde la cual se trabaja por la *transformación social* se mueve hacia los márgenes de la historia humana en los que encuentra a quienes son descartados por las estructuras y poderes dominantes. Queremos una universidad que se abra a los márgenes de la sociedad, porque creemos que desde ahí viene un nuevo aliento vital que hace de los esfuerzos de transformación social fuente de vida y plenitud¹⁴.

Además, como hemos subrayado al recordar al inicio de estas palabras la historia de la labor educativa de la Compañía de Jesús, la universidad ha sido siempre considerada como una oportunidad formidable para realizar la misión formulada la Congregación General 35 y confirmada en la Congregación General 36: teniendo la Buena Noticia, el evangelio de Jesucristo, a la vez como fuente inspiradora y como meta, queremos promover la justicia social y la sustentabilidad ecológica a través del diálogo con las culturas y las religiones. En un mundo dramáticamente marcado por la confrontación entre el secularismo y los fundamentalismos religiosos e ideológicos, la universidad, como oportunidad de misión, quiere ser una oportunidad para la pluralidad de voces, un espacio de diálogo como ejercicio común de comprensión, en profundidad, de los procesos históricos, personales e intelectuales.

Así la labor universitaria garantiza el ejercicio de la libertad humana que quiere *buscar y hallar*, a través de la docencia y la investigación, nuevas propuestas, nuevos caminos para la sociedad. El pluralismo de opiniones, concepciones, antropologías y cosmovisiones que enriquece nuestra experiencia humana debería encontrarse en diálogo en la universidad, cada uno aportando con lo suyo, pero abierto a escuchar y, si cree ser el caso, acoger lo que proponen los demás. Queremos que nuestras universidades sean reconocidas por fomentar procesos de creación de conocimiento y acompañamiento de procesos de formación humana en los que, junto a los conocimientos, se trasmite el sentido de la vida reconciliada y en paz¹⁵.

Desde nuestra identidad cristiana, queremos compartir con la sociedad la Buena Noticia de liberación, porque sinceramente creemos que es un aporte válido para la humanidad (y siempre esencial para nosotros) en su búsqueda de mejores caminos para la vida de todos en nuestra Casa Común¹⁶.

¹³ Cfr. Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

¹⁴ Cfr. ídem.

¹⁵ Cfr. Congregación General 36, Decreto 1, n. 31.

¹⁶ Cfr. Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

3. La UTILITAS como foco de atención de la Universidad Católica del Uruguay.

He sido informado como la Universidad Católica del Uruguay vive actualmente un proceso de renovación y revisión general de su organización, de la calidad de los servicios que presta y también de sus propuestas como institución universitaria. El plan estratégico que Ustedes están por terminar presenta como misión de la Universidad ser una institución plural y abierta al mundo, comprometida con la excelencia, la construcción de una sociedad más justa y la evangelización de la cultura. Esa misión la quieren realizar desde la tradición educativa de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, buscando la formación integral de todas las personas involucradas en la vida de la universidad, apoyando la actividad investigativa, estimulados por los desafíos de la innovación y el servicio a la sociedad. La UCU quiere crear un *ethos* atrayente para los jóvenes, que los ayude a formarse adecuadamente para el mundo de hoy, y los comprometa personal, comunitaria y globalmente.

En ese marco se comprenden los cuatro proyectos, frutos del discernimiento y de la planificación en la universidad, que serán desarrollados en corto plazo: el *Centro Ludus*, para el desarrollo de las competencias docentes; el *Centro Ithaka*, que trabajará las actitudes emprendedoras y la innovación; el proyecto *Unpacking the Experience*, que quiere capitalizar las experiencias de intercambio; y el proyecto de mejoría del *campus*, incluyendo ahí también el de Punta del Este.

En resumen, la UCU desea ser un lugar en que se forman personas “útiles”, es decir, personas que viven su vida académica y profesional con un sentido que va más allá de la auto-referencialidad, sino que se abre a los demás, que se preocupa y se interesa por la realidad en que se ubica y que sean capaces de incidir positivamente en ella.

Aprovecho pues, la ocasión de este nuestro encuentro para animarlos en ese camino y a profundizar ese proceso, viviéndolo como un tiempo de renovación personal, como universitarios y como ciudadanos; así como de renovación institucional al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

Muchas gracias.

Arturo Sosa, S.I.